

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

	ARTÍCULO
WOLFGANG STREECK	¿Por qué el euro divide a Europa?
	NUEVAS MASAS
ZHANNA ANDREASYAN y GEORGI DERLUGUIAN	Protestas por el precio del combustible en Armenia
DANIEL FINN	Las guerras del agua en Irlanda
	ARTÍCULOS
PAIK NAK-CHUNG	El doble proyecto de la modernidad
FREDRIC JAMESON	Una relectura de <i>Vida y destino</i>
CLAUDIO MAGRIS	La novela como criptograma
	CRÍTICA
DYLAN RILEY	¿La propiedad guiando al pueblo?
EMILIE BICKERTON	<i>Just Remember This</i>
TONY WOOD	Las vidas de Dzhughashvili
ROBIN BLACKBURN	Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Sven Beckert, *Empire of Cotton: A New History of Global Capitalism*, Londres, Allen Lane, 2014, 615 pp.

ROBIN BLACKBURN

ORO BLANCO, TRABAJADORES NEGROS

Sven Beckert nos presenta una historia fascinante y muy completa del algodón, desde sus primeras apariciones en la producción doméstica en Asia hace miles de años, desde su modesta irrupción en los intercambios locales, hasta su papel posterior como ingrediente clave de la Revolución Industrial y su permanente importancia para los consumidores, pobres y ricos, de la actualidad. Más importante aún, se trata de un relato de ambos estadios de la producción del algodón, en los campos y en las fábricas, en la agricultura y en la manufactura. Historiador alemán afincado ahora en Estados Unidos, Beckert es el autor de *The Monied Metropolis* (2001), un estudio sobre la consolidación de la burguesía neoyorquina en la segunda mitad del siglo XIX. Su nuevo libro, *Empire of Cotton*, se ve enriquecido por una investigación en documentos y archivos de más de dos docenas de países. No es en absoluto un territorio inexplorado. Giorgio Riello, en su igualmente premiada *Cotton: The Fabric that Made the Modern World* (2013), nos ha proporcionado recientemente un relato fascinante de cómo y por qué las manufacturas asiáticas (su lectura se centra en India) fueron desplazadas por las europeas. Ambas son obras con una ambición mucho mayor que la mayoría de las historias sobre materias primas (las narraciones anecdóticas sobre el bacalao, el carbón o el tabaco, por ejemplo). Por su parte, *Empire of Cotton* se asemeja en su alcance explicativo a la pionera historia del azúcar de Sidney Mintz, *Sweetness and Power* (1985), aunque a través de la lente de la historia económica, no de la antropología cultural. Beckert también busca

reestructurar nuestra comprensión de «la fundación y refundación del capitalismo global» y, con ello, del mundo moderno.

Las pruebas arqueológicas sugieren que la producción de algodón surgió casi simultáneamente en el subcontinente indio y en las Américas, alrededor del año 3000 antes de nuestra era; por lo menos cuatro milenios antes de esa fecha ya se hilaba y se tejía el lino y la lana y, en China, la seda y el ramio. Versátil, resistente, lavable y fácilmente teñible, el algodón se convirtió rápidamente en un elemento importante de la economía doméstica de India, China, África occidental, Anatolia, así como en México y Perú en la época precolombina; se plantaba junto a los cultivos alimenticios y se procesaba en los intervalos entre el resto de las tareas agrícolas, a menudo a última hora de la tarde, las mujeres hilando mientras los hombres tejían. En el siglo IV antes de nuestra era se comerciaba con los tejidos de algodón de Gujarat a lo largo de la costa del océano Índico, llegándose incluso a África oriental; hacia el año 200 antes de nuestra era estos alcanzarían China y el sudeste asiático. Alrededor de 1400 se establecieron talleres de algodón a gran escala en Dhaka y Bagdad, mientras que las «casas de tejidos urbanas» en la China Ming empleaban a miles de obreros.

Europa era la excepción: no cultivaba algodón, que requería crecer en una estación libre de heladas, y, durante mucho tiempo, tampoco lo importó en grandes cantidades, aunque los mercaderes y consumidores europeos aprendieron gradualmente a apreciar las muselinas y percales indios más delicados. En el relato de Beckert, el punto de inflexión se produce con la entrada europea en las redes comerciales del subcontinente y gana impulso en el siglo XVII, cuando Gran Bretaña se impuso en las guerras anglo-holandesas y estableció un semimonopolio sobre el comercio textil exterior de la India; a mediados del siglo XVIII, apunta Beckert, el paño de algodón constituía más del 75 por 100 de las exportaciones de la East India Company. Este se embarcaba tanto rumbo a Europa, para satisfacer el consumo interno creciente, como hacia África, donde los gobernantes y mercaderes a menudo exigían tela de algodón de la India como moneda de cambio por esclavos. El tejido «se vio enredado en un sistema que abarcaba tres continentes» en el cual «los productos de los tejedores indios compraban esclavos en África que trabajarían en las plantaciones de las Américas para producir bienes agrícolas (azúcar y tabaco) con destino a los consumidores europeos». Según el resumen que hace Beckert: «Los europeos habían inventado una nueva forma de organizar la actividad económica».

En los siglos XVII y XVIII, las modestas industrias a escala nacional de Inglaterra y Francia operaban mediante el sistema de producción doméstica coordinada por contratistas [*putting out system*], importando la materia prima desde el Imperio otomano; pero el coste del transporte era demasiado elevado y, comparado con la seda, el precio final era demasiado bajo como

para resultar rentable. El algodón en bruto solo irrumpió verdaderamente en el comercio global a finales del siglo XVIII, con el despegue industrial en Lancashire. Beckert plantea que la competencia internacional en los textiles de algodón fue el impulso clave para la Revolución Industrial: los fabricantes ingleses, a menudo vinculados a las redes de plantaciones del Nuevo Mundo y buenos conocedores de la solidez de los mercados globales, se enfrentaron al problema de competir con las telas indias, de gran calidad pero baratas. El sistema de producción doméstica se resistía a que se le impusiera una mayor productividad y, además, los salarios de Lancashire en 1770 eran aproximadamente seis veces más altos que los de la India. Esto espoleó la búsqueda de innovaciones que pudieran aumentar la productividad: la lanzadera volante (1733), la hiladora Jenny (alrededor de 1763-1764), el telar hidráulico (1769) y la hiladora de Crompton (1779) fueron seguidas por la máquina de vapor de Watts (patentada en 1769), la cual dio un inmenso impulso a estos desarrollos, que convergieron en el sistema fabril. Como señala Beckert, cientos de miles de trabajadores estaban también buscando un empleo asalariado porque no poseían tierras. Los nuevos canales y esclusas y los puertos remozados ayudaron a los fabricantes británicos a llevar sus productos al mercado, tanto dentro como fuera del país.

El auge de la fábrica de algodón, ya extrajera su energía del vapor o del agua, provocó una explosión de la demanda del algodón en bruto, una demanda que los productores del Mediterráneo oriental y del Caribe trataron de satisfacer, abriendo así el camino para el cultivo de algodón en las plantaciones de esclavos en América del Norte y del Sur. Hasta ese momento, el algodón de fibra larga procedía principalmente de las islas y de los enclaves costeros del golfo de México y de Carolina del Sur. A partir de mediados de la década de 1790, la «desmotadora» de Eli Whitney permitía ya procesar el algodón de fibra corta, «de tierras altas», que crecía en el interior. El perfeccionamiento de este artilugio durante las dos décadas siguientes preparó el escenario para un incremento masivo del cultivo de algodón en el valle del Misisipi y del sudoeste estadounidense en respuesta al papel fundamental de los textiles derivados del mismo en la industrialización europea. Casi la mitad de los doce millones de esclavos que fueron transportados desde África al Nuevo Mundo llegaron después de 1780, si bien la mayoría de los trabajadores de las plantaciones algodonerías eran suministrados por el mercado nacional de esclavos estadounidense, extraordinariamente activo hasta la década de 1850. Para entonces, la cosecha de algodón de Estados Unidos, que en 1800 sumaba apenas unas pocas miles de libras, superaba los 2.000 millones y constituía dos tercios de las exportaciones estadounidenses; aproximadamente el 67 por 100 de la cosecha total se cultivaba en tierras que en 1800 aún no formaban parte de Estados Unidos.

A quienes eran conducidos a los campos de algodón se les azotaba sin misericordia para seguir el ritmo que imponía la demanda industrial de algodón en bruto. La productividad en las fábricas se disparó considerablemente por el empleo de la energía procedente del vapor y resultó que el algodón se adaptaba mucho mejor a la mecanización que la lana, el lino o cualquiera del resto de los tejidos. Mientras se pudieran conservar los proveedores de algodón en bruto, la proliferación de nuevas industrias textiles encontraba su mercado, tanto en el interior como en ultramar. El crecimiento reflejaba, por lo tanto, la potencia de la demanda del consumidor, desde cuyo punto de vista el algodón tenía la enorme ventaja de que era inmune a la polilla, lavable y de tacto muy agradable a la piel. Convertido en sábanas, camisas, blusones, faldas, pantalones, calcetines y ropa interior, aunaba trabajo y ocio, eros e higiene. Los agricultores, los artesanos y los asalariados vieron aumentada su dependencia del mercado, ya considerable, por su afición a los productos cultivados por los esclavos (azúcar y café, junto con el algodón). En Estados Unidos, la llamada «revolución de los mercados», acontecida entre 1815 y 1860, contempló cómo los tejidos elaborados en el hogar eran desplazados casi en su totalidad por los artículos manufacturados, aunque los plantadores aún compraban, como «vestimenta para negros», prendas de algodón barato o de fustán, conocidas como *lowells* o *lynsies*.

La mejora en la calidad del producto terminado permitió a los exportadores británicos encontrar salidas en los mercados globales y construir, en palabras de Beckert, un «imperio del algodón» global, combinando la tierra expropiada de las Américas con el trabajo esclavo de las plantaciones y el trabajo asalariado de los obreros europeos, para vender telas de algodón a los comerciantes de esclavos africanos y a los agricultores indios y chinos. Todo esto era necesario porque en Europa aún no se cultivaba algodón. En un primer momento, Gran Bretaña empleó su potencia marítima e industrial para penetrar, y durante un tiempo monopolizar, los mercados de ultramar. La credibilidad fiscal inglesa y un mercado dispuesto a suscribir su deuda pública hicieron posible que Londres mantuviera, mediante el pago de subsidios masivos, a sus aliados (Austria, Prusia, Rusia) en el campo de batalla contra Napoleón, mientras que la capacidad industrial británica dio sus frutos una vez negociada la paz. Para el comercio británico, las derrotas en la Guerra de la Independencia americana y en la Guerra de 1812 resultaron ser únicamente impedimentos temporales. Tras esa disrupción momentánea, enseguida creció a un ritmo nunca visto, gracias al empuje de la demanda inglesa de algodón estadounidense y a la demanda estadounidense de manufacturas inglesas. No obstante la notable solidez del mercado algodonoero, esta se fortalecía aún más para Gran Bretaña por el hecho de que la demanda interna y de ultramar a menudo crecían de manera complementaria. Los mercados globales que las revoluciones industriales abrían

se mostraron capaces de absorber la mayor parte de la nueva producción. Pero aunque los países de ultramar mostraban un vivo interés por los algodones británicos, este comercio conocía dos dificultades: en primer lugar, los mercaderes y fabricantes debían tener mucha paciencia con los clientes de ultramar, que tardaban un año o más en pagarles, y tenían además que aceptar descuentos sobre las cantidades adeudadas; en segundo, los principales mercados podían cerrarse súbitamente por hostilidades, bloqueos y embargos, como ocurrió durante las guerras entre Francia y Estados Unidos. Durante estos periodos, el mercado interior se convertía en el sustento esencial, con la ventaja añadida de que las ventas domésticas siempre se saldaban mucho más rápidamente.

Acompañando el ascenso de sus nuevas industrias, los gobernantes británicos se convirtieron en defensores convencidos de un «imperio del libre comercio». Aunque aún imponía prohibiciones a India, Gran Bretaña empleó su fortaleza marítima para abrir mercados para sus propios comerciantes y fabricantes. Beckert desentierra una muestra selecta del pensamiento imperial británico a propósito de la «compra de Luisiana» de 1803, cuando Bonaparte, cuyos planes bélicos le salían muy caros, exigió quince millones de dólares a cambio de ceder ese vasto territorio a Estados Unidos. El gobierno de Jefferson estaba financieramente en horas bajas y tuvo que pedir un préstamo al banquero inglés Thomas Baring. Deseoso de conservar las buenas relaciones con su gobierno, Baring concertó una cita con el primer ministro: «Domingo 19 de junio; encuentro con el señor Addington en Richmond Park [...]. Su postura parece ser que prefiere que Luisiana quede en manos de los americanos antes que en manos francesas, porque es un medio adicional para la expansión de nuestras fábricas, además de por otros motivos de naturaleza política que no debatimos». Sobre este último punto, Addington había escrito con anterioridad al embajador de Estados Unidos en Londres: «El interés de (nuestros) dos gobiernos coincide absolutamente: la destrucción del jacobinismo y, por encima de todo, de los negros». La City de Londres, con sus sofisticados instrumentos financieros y sus reservas de capital, respaldaba a la diplomacia económica imperial. Esta alianza refleja el hecho de que el capitalismo rondaba por ahí desde hacía mucho tiempo y que sus bancos y socios sabían bien cómo encauzar el capital allí donde diera mejores dividendos. El comercio global de bienes procedentes de las plantaciones aseguraba gran parte de la actividad capitalista. La exposición de Beckert sobre el papel respectivo de agentes, corredores de bolsa, comerciantes importadores y exportadores, banqueros y sobre el «conocimiento de embarque» ayuda a clarificarlo y deja claro que el capitalismo estadounidense y sus redes de transporte tienen una deuda especial con el algodón producido bajo la esclavitud.

El Sur de Estados Unidos anterior a la Guerra Civil estadounidense era la tierra de la esclavitud industrial *par excellence*, con unos dos millones de esclavos faenando para conseguir que los «señores del látigo» proveyeran abundantemente a los voraces «señores del telar» con la esponjosa fibra blanca. Con la aparición de la clasificación por grados se prestó mayor atención a la calidad del producto. Los hacendados trataban de lograr variedades más productivas y compartían su conocimiento técnico en las páginas de revistas como *De Bow's*. El algodón en bruto procesado se lanzaba al mercado en barcos de vapor y mediante el ferrocarril. El látigo se empleaba todavía para forzar un ritmo intenso e implacable, pero los cronómetros, ahora producidos en masa, prestaban una precisión extra a los cálculos de los capataces de la productividad. La esclavitud se convirtió en una compañía inseparable de la historia del algodón en parte porque la mecanización fabril creó una enorme presión sobre la oferta de mano de obra necesaria para que la afluencia de la materia prima en las fábricas no cesara. Se hicieron intentos de mecanizar la cosecha, pero resultó ser extraordinariamente difícil que una máquina igualara la precisión y coordinación de los ojos, la mano y el cerebro humano (la mecanización tuvo que esperar a las exigencias y a la subida de salarios de la Segunda Guerra Mundial). El régimen esclavista se apropió de esta creatividad humana mediante una potente mezcla de castigos crueles e incentivos mezquinos. Al igual que los plantadores estadounidenses, los fabricantes de algodón ingleses preferían una fuerza de trabajo sometida a la que pudieran azotar cuando se mostraba reacia, pagar con artículos de la compañía, atar con contratos de larga duración y retener su salario ante la menor falta. En determinado momento, la situación del esclavo y del obrero asalariado parecía muy semejante, ya que la tasa de mortalidad de los distritos industriales de Leeds se aproximaba a la de una plantación de Jamaica.

Una tesis central del libro es que los nuevos industriales del algodón necesitaban al Estado y a la vez desconfiaban de él, ya que si bien solo el Estado podía acceder a los mercados de ultramar, proporcionar los servicios públicos esenciales, regular las condiciones del comercio y asegurarse la proletarización de la mano de obra mediante las leyes de vagos y maleantes, las leyes reguladoras de la propiedad y los contratos y el cercamiento de tierras, también tenía que asegurarse el consentimiento para recaudar los impuestos necesarios: era aconsejable, por consiguiente, hacer concesiones para atraerse a los miembros más respetables de la clase obrera. Beckert aduce que el ala reformista de la burguesía pronto se dio cuenta de que necesitaba ese apoyo y que, por lo tanto, tenía que aceptar la imposición de límites a la duración de la jornada de trabajo y la aprobación de normativa que impidiera a los patronos golpear a sus trabajadores, pagar sueldos mediante pagarés o en especie o devaluar la mano de obra adulta mediante el empleo

de mano de obra infantil. Pero las batallas para construir ese Estado también proporcionaron un ámbito de cierta resistencia y lucha. La aparición de los movimientos antiesclavistas dentro de la clase obrera durante las décadas de 1780 y durante las de 1820 y 1830 contribuyeron a identificar los abusos de los patronos. En este punto, la argumentación de Beckert se superpone a las inquietudes de Edward Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* o en *Costumbres en común*. La nueva política del capitalismo industrial abarcaría desde los juicios masivos a los luditas hasta la Lowell Female Reform Association y el Mule Spinners' Union de Fall River.

Empire of Cotton defiende que la burguesía metropolitana, arrastrada a la vida política, abrazó un programa moderado de regulación del mercado y de construcción de infraestructuras financiadas por el Estado. En Estados Unidos, los capitalistas industriales del Norte forjaron una coalición con los agricultores que dirigían su producción al mercado, ganando un apoyo cada vez mayor por parte de los grandes comerciantes algodoneros, que previamente se habían aliado con los plantadores sureños. Esta corriente de reforma promovía una ideología del *trabajo libre* y desafiaba los intentos de control del Estado por parte de los propietarios de esclavos, sembrando el miedo en sus filas y finalmente provocando la apuesta fallida del Sur por la secesión. Beckert explica cómo la Guerra Civil estadounidense y la Reconstrucción posterior desencadenaron un desplazamiento global de la producción algodonera. Los altos precios de los años de la guerra estimularon intentos de promover el cultivo del algodón para el mercado mundial en India, Egipto y Brasil. Esto implicó una transformación radical de la vida social en esos territorios, que arrancó a innumerables personas de sus rutinas familiares de la agricultura de subsistencia y las puso a trabajar en los campos de algodón. Sistemas de propiedad comunal de la tierra de origen inmemorial fueron desmantelados por la intervención estatal. Para Beckert, la disponibilidad de una reserva de mano de obra barata, prácticamente desprovista de derechos, fue una de las precondiciones esenciales para la producción de algodón a gran escala: el clima y la geografía de Australia habrían sido ideales, pero su población, compuesta por colonos blancos, no proporcionaba la mano de obra adecuada.

Los plantadores estadounidenses y sus clientes británicos eran pesimistas sobre el futuro del negocio después de la Emancipación y temían que los trabajadores negros resultaran más asertivos de lo que a ellos les convenía. Sin embargo, como muestra Beckert, la producción algodonera de Estados Unidos se reorganizó con éxito a lo largo de las décadas siguientes. La fase más radical de la Reconstrucción dio paso a una regresión conservadora, cuando los afroamericanos fueron despojados de su derecho al voto y sometidos al régimen Jim Crow. Los aparceros negros se vieron forzados a depender de los grandes terratenientes sureños. Su papel en la producción

se complementaba con el de los pequeños granjeros blancos de los estados sureños más septentrionales y con el uso intensivo de la mano de obra convicta; la sombra de la horca planeaba aún sobre este reconfigurado sistema de producción. El cultivo del algodón se expandió por Texas, donde la producción se decuplicó entre 1860 y 1920. El esperado desastre nunca se produjo: «En 1891 los aparceros, las explotaciones familiares y los dueños de las plantaciones estadounidenses cultivaban el doble de algodón que en 1861 y suministraban el 81 por 100 del mercado británico, el 66 por 100 del francés y el 61 por 100 del alemán».

Pero el predominio del mercado estadounidense era una fuente de inquietud para las potencias emergentes en la industria del algodón, como Alemania y Japón, especialmente porque las fábricas estadounidenses consumían ahora una proporción en aumento de la cosecha: del 33 por 100 en la década de 1870 se pasó al 50 por 100 después de 1900. Beckert opina que la búsqueda por independizarse de la necesidad de la materia prima, «la fiebre del algodón» de finales del siglo XIX, fue un impulso clave de la expansión imperial. A partir de 1865 las «colonias algodonerías» de la Rusia zarista en Asia Central la convirtieron en la quinta mayor productora mundial, por detrás de Estados Unidos, India, China y Egipto. Las plantaciones de algodón japonesas en Corea se anticiparon a la ocupación de 1910 y, entre 1904 y 1920, la producción pasó de 17.000 a 75.000 toneladas. A principios de la década de 1900, las plantaciones de algodón se extendieron por las posesiones alemanas en el este de África; los industriales hablaban de una *Baumwollkulturkampf* global. Entre 1860 y 1920, se plantaron veintidós millones de hectáreas adicionales en África, Asia y las Américas, la gran mayoría de ellas en territorios que acababan de caer bajo el control de las potencias coloniales. El poderío imperial se empleaba también para echar abajo las puertas que impedían el comercio libre y para eliminar la manufactura algodonería nativa, siendo este un objetivo explícito de la política colonial británica, como deja claro Beckert. Las consecuencias de sustituir la agricultura de subsistencia por la producción de algodón con destino al Imperio fueron horribles para la población local: según *The Lancet*, las muertes por inanición en India en la última década del siglo XIX acabaron con diecinueve millones de vidas y se concentraron preponderadamente en las áreas en las que los británicos habían impuesto el cultivo del algodón.

En opinión de Beckert, el siglo XX marca el ascenso del Sur global a expensas de la producción de algodón en Europa y Estados Unidos. La militancia obrera elevó los salarios del Norte y redujo la jornada laboral; los Estados del Sur y los capitalistas invirtieron grandes sumas para ponerse al día en la industrialización del algodón. Una serie de dinámicos empresarios, industriales e ideólogos despejaron el camino, modernizando la producción textil asiática: hombres como Ratanji Dadabhoi Tata, Ambalal

Sakaralal Desai, Narottam Morajee y Tal'at Harb (India), Eichii Shikusawa e Hirobumi Ito (Japón) o Jian Zhang (China). Pero la auténtica irrupción de los nuevos proveedores tuvo que esperar a la descolonización y a finales del siglo xx. Beckert considera la intervención estatal como la variable clave, junto con la oferta de mano de obra barata. Las empresas japonesas pudieron avanzar a grandes pasos porque gozaron del apoyo firme de su propio gobierno. Bajo el Raj, por otra parte, los productores indios se encontraron con sus negocios asfixiados por el Estado colonial, que daba preferencia a la metrópoli, y así fue cómo se inclinaron por el Congreso Nacional y su ofensiva por la independencia. Para lograr este objetivo, sin embargo, la naciente burguesía india tuvo que movilizar a sus masas trabajadoras, rurales y urbanas, y después de la independencia no pudo presionarlas con toda la dureza que habría querido.

El impulso final y decisivo a la producción global del algodón provino de China y el resto de las economías emergentes de Asia meridional y oriental. Hoy las fábricas chinas albergan casi la mitad de los telares y husos mundiales y procesan más del 43 por 100 de la cosecha algodонера global, mientras que las fábricas de algodón del Norte se reinventan como elegantes *lofts* o se convierten en museos de artes y tradiciones. El cultivo del algodón se mantiene en Estados Unidos y en algunos reductos de Europa gracias a los ingentes subsidios estatales, pero, en este campo, India y China son los líderes y producen respectivamente el 29 y el 21 por 100 de la cosecha global. La «red de alcance mundial» del imperio del algodón, que conecta a agricultores, fabricantes y consumidores, se ha reconfigurado de nuevo a partir de la década de 1970: en lugar de los comerciantes o fabricantes, los gigantes de la venta al detalle, como Walmart, dominan hoy las cadenas de producción centrándose en las prendas acabadas más que en el algodón en bruto, el hilo o el paño. Y aunque Beckert no le da mucha importancia, las fibras sintéticas de origen petrolífero han dejado muy atrás al algodón desde la década de 1990; su producción anual actual dobla la del «oro blanco».

Empire of Cotton es un logro notable en tanto que relato panorámico del papel vital del algodón en la historia del capitalismo global, abundantemente documentado, vistosamente ilustrado e insuflado de una enérgica indignación. En todos estos aspectos se merece los elogios que ha recibido en la prensa mayoritaria y financiera (ha sido recomendado por *The Economist*, *The Wall Street Journal* y *The New York Times*) y en la academia. Hay temas a los que Beckert podría haber prestado más atención: el papel de la raza, la mecanización de la recogida del algodón y el alcance increíble de la revolución en el vestuario de los siglos XIX y XX. Beckert no tiene mucho que decir sobre el funcionamiento interno de la plantación esclavista, mientras que Riello, en *The Fabric that Made the Modern World*, hace un relato mucho más rico del algodón indio. Pero es inevitable que, en una obra con un tema

tan amplio, este se trate de manera desigual. Una omisión más lamentable es la continua ausencia de datos estadísticos que nos muestren el tamaño y valor absoluto de la cosecha global de algodón o de la producción mundial textil, por no hablar de su distribución por regiones o del aumento en la productividad de ambas. *Empire of Cotton* está ornado con gran cantidad de ilustraciones, grandes y pequeñas, insertas en el texto y con un número no menor de gráficos visualmente impactantes, diseñados para que sean accesibles a un público mayoritario, pero los anticuados cuadros, sin embargo, están totalmente ausentes. Esta ausencia implica algo más que una simple presentación táctica; debilita el argumento económico cada vez que se refiere a las magnitudes cambiantes a lo largo del tiempo o entre regiones. Mirando un gráfico de la cosecha de algodón disparándose, se puede ver su espectacular crecimiento, pero hay que adivinar si en 1860 estábamos hablando de 1.088 o de 1.043 toneladas de algodón. Puesto que el libro sin duda se convertirá en un punto de referencia esencial para cualquiera interesado en la historia del algodón (o incluso en la historia económica moderna), no nos queda sino esperar que los datos que respaldan los gráficos se pongan a nuestra disposición en algún momento futuro.

Una limitación más significativa es el trato displicente que Beckert aplica a la literatura sobre el concepto que forma su tema central. No solo no nos ofrece una definición del capitalismo, sino que sus referencias a quienes han escrito sobre su naturaleza o su historia son desconcertantes, por decir lo mínimo. En el párrafo más relevante de la «Introducción», desdeña las explicaciones de «demasiados observadores» tachándolas de insignificantes, defectuosas o directamente equivocadas, con una nota al final del libro en la que se aclara que estos observadores son Jared Diamond, David Landes, Niall Ferguson, Robert Brenner y Edward Thompson. No se efectúa intento alguno por establecer distinciones en este conglomerado (o por darle un contenido). Más tarde se nos informa de que Eric Hobsbawm ha descrito la totalidad del siglo XX como «la edad de la catástrofe». El manejo que Riello hace de la literatura crítica general es, por comparación, meticuloso y desprejuiciado. Los buenos historiadores a menudo no muestran mucho interés por la teoría, pero en el caso de *Empire of Cotton* esta forma de manejar los conceptos viene en detrimento de la estructura analítica del libro, de su intención de proveer, como reza su subtítulo, «una nueva historia del capitalismo global».

La jugada de Beckert aquí es introducir un concepto propio, «capitalismo bélico», como la clave que permite la aparición del capitalismo industrial. *Empire of Cotton* se construye alrededor del contraste entre los dos, haciendo del primero los «cimientos» del segundo. El «capitalismo bélico» se define vagamente como la combinación de la expropiación colonial de las tierras indígenas, el esclavismo de las plantaciones, el comercio armado,

la expansión imperial y «la afirmación de la soberanía de los empresarios sobre el pueblo y la tierra», desplegándose en una «serie de lugares en desplazamiento constante, insertos en unas relaciones que cambian constantemente». El resultado es una confusión sistemática, que implica tres errores notables. En primer lugar, Becker hipertrofia el término *bélico* más allá de ningún significado defendible igualándolo con la coerción o la violencia de cualquier tipo. En su relato la mayor parte de las veces este término se refiere al empleo de la esclavitud para cultivar el algodón, lo que es una forma de trabajo forzado que se extrae mediante el empleo de la violencia, pero no una situación bélica. Esta sí se empleó dentro de África para capturar esclavos y vendérselos a los comerciantes europeos y a los gobernantes árabes, por parte de sociedades que difícilmente se podría calificar de capitalistas; la fuerza militar se empleó también para aplastar las grandes revueltas contra la esclavitud en el Nuevo Mundo, aunque fracasó en el caso de Haití, pero no definía la esclavitud como tal. Estados Unidos entró en guerra con México para apoderarse de nuevas tierras, pero estas resultaron ser la manzana de la discordia entre las facciones y, con el tiempo, contribuyeron a provocar una guerra que se volvió *contra* la esclavitud. A los propietarios de esclavos en las Américas habitualmente les iba mucho mejor en tiempos de paz que de guerra. El cultivo compulsivo del algodón, como sucedió en Egipto, la presión fiscal para forzar a los campesinos a ello, como aconteció en India, o el uso de mano de obra infantil en las fábricas textiles, como acaeció en Inglaterra, soportan aún menos que se las describa como situaciones bélicas. En el repertorio de Beckert de la violencia y la explotación solo la conquista colonial y las apropiaciones de tierra implicaban el uso militar de la fuerza.

En Europa se libraron, por supuesto, muchas guerras durante la primera Edad Moderna, pero eran conflictos típicamente interfeudales, que enfrentaban a un Estado absolutista con otro sobre el control de territorio. Con el tiempo se diseminaron en guerras en alta mar en las que se disputaban los productos o las colonias de fuera de Europa, en las que los fines comerciales adquirirían mayor importancia, incluyendo los beneficios de controlar el tráfico de esclavos. Pero estos conflictos se convirtieron en guerras de capital solo allí donde los Estados y las sociedades que las libraban ya estaban internamente muy avanzadas en el camino hacia el capitalismo, a partir de transformaciones internas que poco tenían que ver con la guerra externa. Algo que Beckert pasa por alto, pero que fue genuinamente «fundacional», tanto para el capitalismo mercantil como para el industrial, es el capitalismo agrario, liderado por los dos Estados que libraron la primera auténtica guerra comercial del siglo XVII, Inglaterra y Holanda.

Que la violencia, de una forma u otra, fue inseparable de la aparición del capitalismo en el mundo moderno es algo bien establecido: los

cercamientos, la esclavitud, la piratería, la servidumbre por deudas, la avaricia colonial y las agresiones de todo tipo son algo familiar para cualquiera que se haya interesado por la historia del capitalismo. El relato de Marx de la acumulación originaria, que Beckert no menciona, aporta un inventario de esas prácticas. Pero amalgamar todo esto bajo la rúbrica *guerra* y elevar la guerra a la categoría de «fundamento» de la industria es un argumento retórico, no histórico. Cada vez más, la historia del capitalismo figura en el currículo académico, al menos en las universidades estadounidenses, reflejo del saludable cambio en el ambiente que se ha producido a partir de 2008. El riesgo sigue siendo el que se convierta en un subcampo dentro del campo de los Estudios Culturales, abiertamente guiado por la moda, en el que determinados nombres, temas y conceptos queden ocultos. El concepto de «acumulación originaria» sería uno de estos casos. Incluso *The Wall Street Journal* expresó su sorpresa porque Friedrich Engels estuviera ausente de una historia mundial del algodón. Pero las lealtades de Beckert están a la vista de todos cuando explora la construcción de la noción de *trabajador libre* a través de las luchas por la jornada de ocho horas y en contra del trabajo infantil, a favor de los salarios y en contra de los cheques de la empresa, por la salud y la seguridad contra los matones de la empresa y los mercenarios de Pinkerton. A través de su relato de estos movimientos y del ciclo de luchas, ganancias, deslocalizaciones, pérdidas, recuperación, Beckert traza la trama de una lógica global de la formación de clase y de la lucha de clases. Su interés por los temas olvidados y pasados de moda de la historia de la fuerza de trabajo nos invita a explorar la compleja interrelación de las luchas por los derechos laborales, el sufragio, la raza, el género y la esclavitud, así como el entrelazamiento existente entre la descolonización y el crecimiento económico. Esto le conduce a una conclusión más optimista de lo que se podría esperar: «Dentro de la gran historia de la dominación y de la explotación, se engarza una historia paralela de liberación y creatividad [...]. Esa capacidad humana para organizar nuestros esfuerzos de una manera aún más productiva debería ser motivo de esperanza».